

- HERM. ¡Ah! Gracias. (Se sientan los tres. Don Indalecio en el sillón y á su izquierda doña Dolores).
- IND. (¿Quién será este buen señor?) (A doña Dolores).
- HERM. Ustedes extrañarán mi visita y voy á explicarles el motivo. (1)
- DOL. [Ahora lo sabremos]. (A don Indalecio).
- HERM. Yo me he visto precisado á salir de Madrid para venir á Salamanca; á donde llegué esta madrugada, porque tengo allí un cuñado bastante enfermo. Por fortuna se halla ya mejor.
- DOL. Nos alegramos.
- HERM. ¿Cómo?
- LOS DOS Que nos alegramos. (Fuerte).
- HERM. ¡Ah! Gracias. Supe allí que este pueblo estaba á muy corta distancia y me dije: aprovecho la oportunidad y me acerco á tener el gusto de saludar á los señores de Ruipérez.
- IND. (¿Y para que querrá saludarnos?) (A doña Dolores).
- DOL. [Ahora lo sabremos, hombre].
- HERM. ¿Eh?
- DOL. No, nada.
- IND. ¡Nada! (Fuerte).
- HERM. Ayer, antes de salir de Madrid, estuve en casa de su sobrino de ustedes. . . .
- DOL. ¡Ah! ¿Conoce usted á Carlitos?
- HERM. ¿Eh?
- IND. (Muy fuerte). ¡Carlitos!
- HERM. Sí, Cariitos, Carlitos. Su patrona me dijo que se había ido en el express del Norte. Esto me sorprendió; porque, la verdad, no le creí capaz de marcharse así, sin decirme una palabra. Conmigo estaba obligado á obrar de otra manera.
- IND. ¿Con usted, por qué?
- HERM. (Sin oírle). En esta ocasion, francamente, se ha portado muy mal, pero muy mal.
- DOL. Muy mal, ¿por qué razón?
- IND. ¿Quién es usted?
- HERM. ¿Cómo?
- LOS DOS. ¿Que quién es usted? (Fuerte.)

(1) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.

- HERM. Seguramente no conocerán usted mi nombre. Su sobrino no les habrá hablado de mí. Me llamo, para servir á Dios y á ustedes, Hermógenes Zaragüeta.
- DOL. ¿Cómo! (Levantándose.)
- IND. ¿Es usted? (Levantándose.)
- DOL. ¡El médico de Carlos! (A don Indalecio.)
- IND. ¡Señor de Zaragüeta! (Se levantan los tres. Don Indalecio y doña Dolores abrazan cariñosamente á don Hermógenes.)
- DOL. ¿Cuánto nos alegramos de verle por aquí. (1)
- HERM. ¿Cómo? (Sorprendido).
- LOS DOS ¡Que nos alegramos mucho de verle!
- HERM. (¡Qué recibimiento tan cariñoso!) ¿Pero. . . . ustedes saben. . . . quién soy yo? (Con cierta escama).
- DOL. ¡Sí, señor!
- IND. ¡Ya lo creo! (Haciéndole sentar en el sillón).
- DOL. Ya sabemos lo mucho que nuestro sobrino debe á usted.
- HERM. ¿Eh?
- IND. (Más fuerte). Que sabemos lo mucho que debe á usted nuestro sobrino.
- HERM. No, mucho no. (2) (Se sientan los tres).
- DOL. Sí, señor, sí. Es indisculpable que haya salido de Madrid sin despedirse de usted.
- HERM. ¡A mí me sorprendió, porque como él es un muchacho tan delicado! . . .
- DOL. ¡Muy delicado!
- IND. Por eso ha sido una ligereza ponerse en camino sin decirselo á usted.
- DOL. Luego le refiaremos los tres.
- HERM. ¿Cómo luego? Pero ¿está aquí?
- IND. Sí, señor.
- DOL. Llegó ayer tarde y ha salido á dar un paseo.
- HERM. No lo sabía. Me alegro mucho de que se haya decidido, por fin, á acudir á ustedes. Yo se lo aconsejé varias veces; pero el se resistía temeroso de darles un disgusto.

(1) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.

(2) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.

DOL. ¡Pobrecillo!
 IND. ¡Nos quiere mucho!
 HERM. Pues, yo, como la patrona no me dijo á dónde se había ido, aproveché mi venida á Salamanca para ver á ustedes y enterarles de la verdadera situación del muchacho, creyendo que la ignoraban.
 DOL. Ya lo sabemos. (Muy fuerte).
 IND. Y vamos á ver, con tranqueza, ahora que él no nos oye, ¿qué opina usted de Carlos?
 HERM. No se alarmen ustedes; en un joven todo eso no tiene importancia. Yo creo que se corregirá.
 DOL. ¡Dios lo quiera!
 HERM. ¡Si conocieran ustedes otros casos que tengo yo en Madrid! . . . Lo de Carlitos no vale nada. . . .
 DOL. El médico de aquí, dice que es nervioso.
 HERM. ¿Eh?
 IND. Que es nervioso. (Muy fuerte).
 HERM. Muy nervioso, mucho. Ya se lo conocí el primer día que fué á verme. Estaba el pobre chico, angustiado, asustadísimo; pero yo le dije: "no hay que afligirse; tenga usted más ánimo, yo le salvaré á usted." ¡He salvado á tantos! . . .
 DOL. ¡Ya lo creo!
 HERM. ¡Y si vieran ustedes que poco me lo agradecen algunos!
 DOL. Pues nosotros, muchísimo.
 IND. ¡Y se lo pagaremos como usted se merece!
 HERM. Gracias, gracias. (Ya sabía yo que estos me lo pagarían).
 IND. ¿De manera que usted no cree que conviene enviar á Carlos á París?
 HERM. ¿A París? No veo inconveniente; pero, en fin, eso allá ustedes. . . . (¡A mí que me importa que le envíen á donde quieran!)
 IND. (Distraído, hablando muy fuerte á Zaragüeta). ¿Te parece que? . . .
 HERM. ¿Cómo?
 IND. Nada, nada. (En voz natural á doña Dolores). ¿Te parece que le invitemos á comer?)
 DOL. (Sí, hombre; es natural).

IND. ¿Usted no pensará regresar hoy mismo á Salamanca?
 HERM. Sí, señor; quería, si fuera posible, marcharme esta misma tarde.
 IND. Pero, ¿tanta prisa tiene usted?
 HERM. Prisa, materialmente, no. pero. . . .
 DOL. Pues nada, se queda usted con nosotros hasta mañana. (Se levantan los tres).
 IND. ¡No faltaba más!
 DOL. ¡Verá usted el pueblo y los alrededores, que son preciosos!
 IND. Y la iglesia, que es bizantina, según dicen.
 HERM. ¿Eh?
 LOS DOS Bizantina. (Levantando la voz cada vez más).
 DOL. ¡Y oirá usted el órgano!
 IND. (¡Qué ha de oír éstel!)
 HERM. Bueno, bueno; ya que ustedes se empeñan, me quedaré hoy aquí; pero van á permitirme escribir cuatro letras á mi hermana, que me espera esta noche.
 IND. Sí, señor; pase usted aquí, á mi despacho.
 DOL. (Que ha ido al foro y mira por la puerta). ¡Ah! Allí va don Saturio.
 IND. ¡Llámale, llámale!
 HERM. ¿Eh?
 IND. Vamos á presentar á usted al médico del pueblo.
 HERM. Bueno. (Encogiéndose de hombros).
 DOL. ¡Don Saturio! ¡Don Saturio!
 IND. ¡Vaya con el señor de Zaragüeta? (Dándole palmaditas cariñosas en la espalda).
 HERM. ¡Jé, jé! (Don Indalecio va al foro). (¡Pero que familia tan cariñosa! Si lo sé, pongo algo más crecidos los intereses).

ESCENA XVII

DICHOS, y DON SATURIO

SAT. ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto peor el enfermo?
 IND. No, señor; le llamamos á usted para presentarle á un compañero.

- DOL. El médico de Carlos.
 IND. El doctor Zaragüeta, que ha venido á Salamanca á ver á un enfermo y nos ha honrado con su visita
 SAT. ¡Hombre, qué casualidad! (Acercándose). Tengo tanto gusto. . . . (1)
 HERM. Servidor de usted.
 IND. (A doña Dolores). (¿Está arreglado el despacho?)
 DOL. No lo sé; voy á verlo.
 IND. [Voy yo también á sacar el papel]. Ea, ahí se quedan ustedes. (Vanse los dos primera derecha).

ESCENA XVIII

DON SATURIO y DON HERMOGENES, después DON INDALICIO y DOÑA DOLORES

- SAT. ¡Qué casualidad tan feliz, verle á usted por acá! (Le ofrece el sillón en que se sienta Zaragüeta; don Saturio, después de esa pausa característica de las visitas, da á Zaragüeta un cigarrillo).
 HERM. (Estas presentaciones me molestan mucho. ¿Qué me importará á mí el médico del pueblo?)
 SAT. (Ahora verá el doctor de la corte si valemos ó no valemos los médicos rurales). ¿Un cigarrillo?
 HERM. Gracias.
 SAT. Tengo una vivísima satisfacción en haber conocido á usted. Su nombre lo he visto siempre citado con elogio en los periódicos profesionales, y celebro tener ocasión de hablar con usted, para decirle mi opinión respecto de la enfermedad de su cliente, y saber si ha tenido la honra de coincidir con el diagnóstico que usted haya formado, y que yo ignoro completamente.
 HERM. (¿De que me estará hablando este caballero?) (Echando boconadas de humo y completamente distraído)
 SAT. Después de sometido el paciente á un reconocimiento de auscultación y percusión, todo lo mi-

(1) Doña Dolores, don Indalecio, don Hermógenes y don Saturio.

- nucioso posible, me he convencido de que las vísceras importantes están en completo estado fisiológico; que en ninguna hay lesión apreciable, y que, en mi concepto, la afección radica única y exclusivamente en los centros nerviosos, tanto en el de la vida de relación cuanto en el de la vida vegetativa. Se trata, pues, en mi humilde concepto, de una verdadera adinamia nerviosa; una neurastenia, y por consiguiente, todo el plan terapéutico debe encaminarse á establecer el equilibrio entre los dos sistemas. ¿Está usted conforme conmigo?
 HERM. ¿Eh?
 SAT. ¿Que si hemos coincidido en el diagnóstico?
 HERM. (Con naturalidad). No he entendido una palabra de lo que usted me ha dicho.
 SAT. (Picado). Pues creo que me he explicado con claridad. He dicho que se trata de una neurastenia. Ya se sabe lo que es una neurastenia. (Levantando la voz).
 HERM. ¡Ah! Sí, la tenia. ¿Tiene usted la solitaria? (Salir doña Dolores y don Indalecio).
 SAT. ¿Qué dice este hombre? (Levantándose).
 DOL. ¿Ha visto usted que sordo es?
 SAT. ¿Pero es sordo?
 IND. Completamente.
 SAT. Podían ustedes habermelo advertido. ¿Conque usted? . . . [1] (Indicando el oído).
 HERM. Sí, señor, sí: de éste, poco, y de éste, nada.
 SAT. ¡Caramba, hombre, caramba!
 HERM. ¿Eh?
 SAT. (A gritos y al oído). ¡Caramba!
 IND. (Fuerte á don Saturio, creyendo que habla con Zaragüeta). Hoy vendrá usted. . . . ¡Ah! Me había equivocado de médico. (Riéndose). Hoy vendrá usted á comer con nosotros. El señor Zaragüeta no se irá del pueblo hasta mañana. . . .
 SAT. ¡Ah! Entonces ya hablaremos despacio. (A Zaragüeta).

[1] Doña Dolores, don Hermógenes, don Saturio y don Indalecio.

HERM. ¿Eh?
 SAT. Que ya hablaremos luego. [Fuerte].
 HERM. Bueno. ¡¡Qué charlatán es este médico! ¿Puedo pasar á escribir esa cartita? [A doña Dolores].
 DOB. Cuando usted quiera.
 HERM. Con su permiso. (A don Saturio).
 SAT. Y) He tenido tanto gusto. . . . [A un tiempo los dos].
 HERM.)
 HERM. Servidor de usted. (Vase primera derecha).
 SAT. Pues yo me marchó. ¿A las doce se come, eh?
 IND. Sí; á las doce en punto.
 SAT. No faltará. Verán ustedes cómo el doctor Zaragüeta está conforme conmigo respecto á la enfermedad de Carlitos: nervioso y nada más que nervioso; duchas y nada más que duchas. (Vase por el foro).

ESCENA XIX

DOÑA DOLORES y DON INDALECIO. Luego MARUJA

IND. Vaya, vaya, Dolores, á preparar al momento la comida. Es necesario que sea un verdadero banquete. Se trata de un hombre que estará acostumbrado á comer muy bien en Madrid.
 DOL. Y se trata de tí, que siempre estás dispuesto para ello.
 IND. No te digo que no. (Maruja baja la escalera).
 DOL. ¡Ah! Maruja, dí á Gregoria que vaya á escape á la carnicería por una pierna de carnero y que descuelgue uno de los jamones que hay en la despensa. [1]
 MAR. ¿Pues? . . .
 IND. Tenemos un huésped de importancia.
 MAR. ¿Un huésped? ¿Quién?
 DOL. El que menos puedes figurarte. El médico de Carlos.
 MAR. ¿Don Saturio?
 DOL. No; el de Madrid.

(1) Indalecio, Dolores y Maruja).

IND. Con el que soñaba anoche.
 DOL. El doctor Zaragüeta.
 MAR. ¡No es posible!
 DOL. Sí, ha llegado hace un momento. Ahí está en el despacho, escribiendo una carta.
 MAR. (Ay, Dios mío!) (Asustadísima.)
 IND. Un señor muy simpático. (Abre la trampa de la bodega.)
 DOL. Lástima que sea tan sordo.
 MAR. ¡¡Es él! ¡Pero á qué ha venido?
 DOL. Tranquilízate; sólo viene á tener el gusto de conocernos.
 MAR. (¡No saben nada!) ¿Y Carlos? ¿Le ha visto ya?
 DOL. No; todavía no ha vuelto de paseo.
 IND. Dolores, vamos á la bodega.
 DOL. ¿Para qué?
 IND. Para abrir el barril del vino de la Nava.
 DOL. Que baje Perico.
 IND. Es muy torpe. Acuérdate de lo que pasó con aquel vino del Priorato. Dejó abierta la espita y se perdió casi la mitad. Lo embotellaremos nosotros, anda, anda.
 DOL. Bueno.—Tú, saca los cubiertos de plata y que limpien la vajilla buena. (A Maruja.)
 MAR. Sí, señora.
 IND. (Que ha bajado ya dos escalones.) Los vinos buenos son para las ocasiones, y este de la Nava debe ser riquísimo. Tiene cincuenta y cuatro años, tu edad. ¡Figúrate si estará añejo!
 DOL. Anda, hombre, anda.
 IND. Haz el favor de no caerte (Béjan á la bodega.)

ESCENA XX

MARUJA y luego CARLOS

MAR. ¡Pobre Carlos! ¿Qué conflicto cuando los tíos lleguen á enterarse! Yo no sé qué hacer.
 IND. (Desde abajo.) ¡Maruja!
 MAR. (Asomándose á la trampa en euclillas) Mande usted.

IND. Haz un plato de dulce; natillas, huevos, moles, un flan; lo que tú quieras.

MAR. Está bien, tío.—¡Para platitos de dulce estoy yo ahora! Y dicen que ese señor está aquí. [Mirando por la cerradura de la primera derecha] Si, allí está escribiendo ¡Qué escribirá, Dios mío!

CAR. (Por la primera izquierda.) ¿Qué es eso, qué miras?

MAR. ¡Ay, Carlos! Ven acá, por Dios.

CAR. ¿Qué pasa?

MAR. Mira quien está ahí dentro.

CAR. ¿Quién? (Dejando la escopeta, el zarron y la camana sobre el arcón.)

MAR. Mira y lo verás.

CAR. (Después de mirar.) ¡Za... Za... Zaragüetal! (Separándose de la puerta aterrado).

MAR. ¡El mismo!

CAR. ¡Ese hombre aquí! ¿Pero cuándo á venido? (1)

MAR. Hace un momento.

CAR. ¿Le han visto los tíos?

MAR. Sí.

CAR. ¡Se ha descubierto todo!

MAR. ¡Por fortuna todavía no! Como yo les había dicho que ese señor era tu médico, por médico le han tomado, y sin duda para el error nos ha servido su sordera

CAR. ¿Pero estás bien segura de que los tíos no sospechan nada?

MAR. Nada. Si hasta le han convidado á comer. Abajo están en la bodega, embotellando vino para obsequiarle. (To la está escena debe hacerse rapidísima).

CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma! ¡Estoy perdido! ¿Qué hago?

MAR. No sé qué aconsejarte.

CAR. Mi único recurso es la fuga Me marchó, me marchó ahora mismo.

MAR. Pero, ¿á dónde?

CAR. No lo sé. A Madrid, á cualquier parte. Desde allí escribiré á los tíos diciéndoles toda la verdad; pidiéndoles perdón, y si me lo conceden,

(1) Carlos y Maruja,

volveré... y si no, adios para siempre, prima de mi alma. (Con cariño).

MAR. ¡Carlos!

CAR. No hay otro remedio, adios, adios. (Desde el foro) Pero, ¿á dónde voy yo si no tengo un céntimo? (Deteniéndose).

MAR. Por eso no lo dejes. Te daré lo que guardo en la hucha.

CAR. Yo no sé si debo... pero si debo. Dame lo que tú quieras.

MAR. Todo.

CAR. No: todo, no. Con veinte duros tengo bastante.

MAR. Voy á escape arriba. (Va e corriendo por la escalera)

ESCENA XXI

CARLOS, luego DON HERMOGENES, después PÉRICO, GREGORIA y PIO.

CAR. ¡Y que haya venido ese hombre á destruir todos mis proyectos! ¿Y por qué he de marcharme? El es quien debe irse. Yo haré que salga del pueblo inmediatamente. Los tíos están abajo; esta es la ocasión. (Cierra la trampa de la bodega). Aquí te quiero, escopeta. (Coge la escopeta). Está descargada; pero el susto, se lo doy. No hay tiempo que perder. (Acercándose á la puerta primera derecha). ¡Ah! Ya sale. (Prepara la escopeta).

HERM. [Por la primera derecha pegando el sello en el sobre de la carta]. ¡Qué señores tan apreciables! ¡Hasta me tenían preparado el sello! [1]

CAR. ¡Lárguese usted inmediatamente! (Apuntándole con la escopeta.)

HERM. (Asustado) ¡Carlos! ¡Carlitos!

CAR. (Apuntándole). ¡O se va usted ó lo mato!

HERM. ¡Favor! ¡Socorro! (Retrocediendo de espaldas hasta quedar como pegado en la pared entre la puerta del despacho y la de la leñera).

CAR. ¡Márchese usted!

(1) Don Hermogenes y Carlos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
ALFONSO
MEXICO

HERM. ¡Que me matan! (Aparece Pio en el foro y Perico y Gregoria, por la puerta de la cocina. Don Hermógenes entra rápidamente por la primera derecha, cerrándola luego).

GREG. ¡María Santísima!

PER. Señorito, ¿qué hace usted?

PIO ¡Sujetadle, sujetadle! ¡Se ha vuelto loco! Ya lo temía don Saturio. (Pio y Perico sujetan por los brazos á Carlos, que se resiste).

CAR. ¡Dejadme, dejadme! ¡Ese hombre es un bribón!

PIO ¡Loco rematado!

PER. ¡Señorito, por Dios!...

CAR. ¡Dejadme, dejadme!

PIO ¡Encerradle, encerradle! (Todo esto casi á un tiempo y rapidísimo).

PER. ¿Dónde?

GREG. Aquí, en la leñera. (Abriendo la puerta de la leñera. Ayuda á Perico y Pio, y entre todos le obligan á entrar en la leñera y cierran la puerta).

PIO Y GREG. } ¡Adentro!

PIO ¡Loco! ¡Loco rematado!

ESCENA XXII

DICHOS, menos CARLOS y DON HERMOGENES,
después DOÑA DOLORES
y DON INDALECIO por la cueva; luego MARUJA

PER. Ya está bien seguro. (Echando la llave de la puerta).

PIO ¡Qué desgracia, Dios mío!

GREG. ¡Qué susto me ha dado!

CAR. [Dentro]. ¡Abrid! ¡Abrid! (Golpes en la trampa. Los tres que están sobre ella se asustan y dan un salto.)

LOS TRES ¡Ay!

IND. (Abajo). ¡Gregoria!

DOL. (Idem). ¡Perico!

GREG. ¡Los señores!

LOS DOS ¡Abrid, abrid! (Perico alza la trampa y suben los dos precipitadamente).

DOL. ¿Quién ha cerrado aquí?

IND. ¿Qué sucede?

DOL. ¿Qué veces son esas?

MAR. (Que baja por la escalera). ¡Qué habrá pasado Dios mío!

PER. ¡Ay, señor!

GREG. ¡Ay, señora!

PIO ¡Ay, don Indalecio! ¡Ay, doña Dolores! (1)

IND. Pero, ¿qué ocurre?

CAR. (Dentro). ¡Abrid esta puerta!

DOL. ¿Carlos ahí?

PIO ¡Le hemos encerrado!

IND. ¿Por qué?

PIO ¡Se ha vuelto loco!

MAR.

DOL. } ¡Eh!

IND.

PIO Ha querido pegar un tiro á ese señor forastero.

IND.

DOL. } ¡Jesús!

MAR.

PIO ¡Qué atrocidad!

CAR. Le dió el acceso; lo que anunciaba don Saturio. (Dentro). ¡Mentira! ¡No estoy loco! ¡El señor de Zaragüeta es un pillo!

DOL.

IND. ¡Dios mío! ¡Decir que es un pillo, ese señor tan bueno!

IND. No hay duda; ¡se ha vuelto loco!

DOL. ¿Y dónde está ese caballero?

PIO Ahí se entró, en el despacho.

IND. Señor de Zaragüeta... (Llamando).

DOL. Salga usted; ya no hay miedo.

IND. Se ha encerrado por dentro.

PIO Si estaba asustadísimo.

DOL. ¡Y no contesta!

IND. ¡Claro! ¡Que nos ha de oír! Déjale, ya saldrá.

DOL. ¡Es que hace falta un médico!

PIO Llamar á don Saturio.

IND. Voy á escape á su casa. (Vase corriendo por el foro).

PIO Yo voy á la botica, por si está allí. (Idem).

CAR. (Dentro). ¡Abrid, ó hecho la puerta abajo!

(1) Perico, doña Dolores, Gregoria, don Indalecio, Pio, Maruja.

DOL. (Asustada). ¡Ay, Dios mío! (Separándose de la puerta).
 PER. No tenga usted cuidado, que la puerta es muy fuerte. (Vase foro derecha).
 DOL. ¡Virgen Santísima, qué desgracia tan grande! ¡Pobre sobrino mío!
 MAR. Está usted muy impresionada tía. Gregoria, hazle un poco de tila. Ande usted á tomarla. Empujándola suavemente hacia la cocina. Yo me quedo aquí. (En voz muy fuerte para que lo oiga Carlos).
 GREG. Vamos, señora, no se aflija usted tanto.
 DOL. ¡Pobre Carlitos! (Vase con Gregoria á la cocina). ¡Pobre sobrino mío!
 MAR. ¡Tila! ¡Tila! [Cierra la puerta de la cocina].

ESCENA XXIII

MARUJA, luego CARLOS

MAR. Tiene que marcharse, no hay más remedio. (Abre la puerta, que dejará completamente abierta).
 CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma!
 MAR. ¿Pero qué has hecho?
 CAR. ¡Una atrocidad! Quise asustarle.... Me voy, me voy ahora mismo.
 MAR. Toma el dinero. Tres mil doscientos reales.
 CAR. ¿Todo? ¡Qué buena eres! Gracias, muchas gracias. (Besándole la mano) Adios, adios. Maruja. Voy á ver si alcanzo el primer tren.
 MAR. ¿Pero te dejas arriba la maleta?
 CAR. Déjame de maletas. Tirame el gabán.... y un beso siquiera desde la ventana. (Vase Maruja corriendo por la escalera y Carlos por el foro derecha).

ESCENA XXIV

DON HERMOGENES, luego CARLOS

HERM. (Abriendo sigilosamente la puerta). Creo que no hay nadie; al menos yo no oigo nada. La sordera

tiene á veces sus inconvenientes. No, no hay nadie. Me largo. Esto ha sido una encerrona. (Vase por el foro y vuelve inmediatamente). ¡Huy! ¡Carlos otra vez! ¡Me ha visto! ¡Me va á matar! ¡Dios me valga! (Se mete en la leñera y cierra).
 CAR. ¡Oiga usted! ¡Oiga usted! ¡Ah! ¿Te has metido ahí? Pues ahí te quedas. [Echando la llave y guardándose). Ya me voy más tranquilo. (Llega al foro. Oyese hablar á don Indalecio y don Saturio. Volviéndose á entrar). ¡Dios mío, mi tío y don Saturio! ¿Qué hago yo? Saldré por el corralillo. (Dirigiéndose á la primera puerta izquierda).
 DOL. Déjame en paz; no quiero nada. [Dentro de la cocina].
 CAR. ¡Mi tía! Que no me vea. (Retrocede y entra por la primera derecha, que cierra).

ESCENA XXV

GREGORIA y DOÑA DOLORES por la cocina, DON INDALECIO, DON SATURIO y PIO por el foro derecha

GREG. Pero señora....
 DOL. No tengo más que ganas de llorar.
 SAT. (Presentándose seguido de don Indalecio y de Pio). Calma, mucha calma.
 DOL. ¡Ay, don Saturio!....
 SAT. Tranquilicense ustedes; esto ya me lo temía yo; pero para todo hay remedio. Carlos, ¿está en la leñera, eh?
 DOL. Sí, señor. (1)
 SAT. Pues abriremos.... (Acercándose).
 PIO Tenga usted cuidado que estaba furioso.... [2]
 SAT. A mí me respetará.
 PIO Pero es que tiene escopeta....
 SAT. ¡Ah! Eso ya varía. (Deteniéndose).
 DOL. ¡Si ha querido pegar un tiro á su médico! (Don Saturio retrocede).

(1) Pio, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio, Gregoria.
 (2) Don Saturio, Pio, doña Dolores, don Indalecio, Gregoria.

SAT. ¿Y le dá por los médicos? (1) Entonces tengamos precaución. Yo no me fio de los locos, sobre todo, cuando tienen escopeta. ¿Dónde está el doctor?

DOL. Ahí se metió, en el despacho. (Después de querer abrir) Sigue encerrado!

SAT. Llámele usted. Necesito consultarle. . . . (2)

DOL. [Muy fuerte] ¡Señor de Zaragüeta! ¡Señor de Zaragüeta!

IND. ¡Sí, sí, á la otra puerta!

SAT. ¿A cual?

IND. Digo que no oirá; como es tan sordo. . .

SAT. Cierto. Pues nada, yo creo que aprobará mi plan. ¿Qué hace Perico? Dile que traiga pronto lo que le he dicho. (A Gregoria que se va por el foro derecha).

PIO Ahora me parece que esté tranquilo; no se le oye. ¡Carlos!

DOL. ¡Carlitos! (Junto á la leñera).

IND. ¿Se habrá muerto?

SAT. No: Un síncope sin duda. No hay tiempo que perder. ¡Ah! Ya están aquí.

ESCENA XXVI

DICHOS, GREGORIA con un gran balde lleno de agua y PERICO con la bomba y manga de riego y la escalera de mano

DOL. Pero, ¿qué va usted á hacer? (Asustada).

SAT. La hidroterapia, señora; aplicarle una ducha. Eso le calmará.

DOL. ¿Y si se ha desmayado?

SAT. Le volverá en sí. (Han colocado el balde cerca de la puerta). A ver; aquí esa escalera. (La apoya sobre el montante de la leñera). ¡El agua está bastante fría. (Mete las manos). Sí.

(1) Pio, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio y Gregoria.
 (2) Doña Dolores, Pio, Don Saturio, don Indalecio y Gregoria.

DOL. Pero don Saturio. . .

IND. Déjale, que él sebe lo que hace. (Bebe de la jarra de la leche cuando no le miran).

SAT. El aparato no es muy apropósito; pero, en fin, como no hay otro. . . . Dame la manga. [Empezando á subir la escalera. Deteniéndose y bajando]. (No, que tiene la escopeta). Perico, toma esto; sube tú. Pio dále á la bomba. (A Perico). Anda, asómate con cuidado por el montante. ¿Le ves?

PER. (Que ha subido). Allí, entre la leña se ve un bulto. (1)

SAT. Pues, apúntale bien. (A Pio). Y tú, fuerte. [A Perico]. Y tú, duro y á la cabeza. (Ruido de agua. Véase la nota correspondiente).

HERM. (Gritando dentro muy fuerte). ¡Ay! ¡Ay!

SAT. Ya ha vuelto en sí. ¡Firme, firme!

HERM. (Dentro). ¡Ay! ¡Ay!

ESCENA XXVII

DICHOS, MARUJA. Luego CARLOS.

MAR. ¿Pero qué es esto?

CAR. (Saliendo). ¡Ea, basta ya! (Sorpresa de todos cuadro plástico). (2)

SAT. ¡Carlos!

DOL. } ¡Tú!

IND. }

PIO ¡El!

SAT. Pero, ¿quién está aquí?

CAR. ¡El pillo del señor Zaragüeta! ¡Le he encerrado yo! Ahí va la llave. (Don Saturio la coge y abre).

DOL. ¡Pero, Carlos! . . .

IND. ¡Pero, Carlitos! . . . (3)

(1) Perico, don Saturio, Pio, Gregoria, doña Dolores, don Indalecio, M r ja.
 (2) Carlos, Perico, Saturio, Pio, Gregoria, doña Dolores, don Indalecio.
 (3) Don Saturio, Perico, Pio, Gregoria, doña Dolores, Carlos, don Indalecio, Maruja.

ESCENA XXVIII

DICHOS y DÓN HERMOGENES por la leñera

SAT. (A don Hermógenes que sale). Perdona usted la equivocación.

HERM. (Saliendo completamente empapado y vertiendo en la escena toda el agua que haya podido recoger en el sombrero). ¡Esto es una burla indigna! (1) ¡Vengan al momento mis tres mil pesetas! (Tiritando de frío).

IND. ¡Cómo!

DOL. ¿Eh?

CAR. ¡Sí, tío, sí! Este señor no es lo que ustedes creen; ha venido aquí solamente porque yo le debo esa cantidad!

IND. (A Carlos). ¡Tres mil pesetas de asistencia facultativa! (En voz muy alta á Zaragüeta). ¿Tres mil pesetas?

HERM. Sí, señor; tres mil, tres mil.

SAT. ¡Bonita cuenta! (A don Indalecio).

IND. ¡Qué escándalo!

HERM. Ea, venga en seguida ese dinero, ó le llevo á los tribunales.

IND. ¿A los tribunales este pobre muchacho? Tome usted, tome usted su dinero. y vaya mucho con Dios. (Se lo entrega en billetes).

HERM. (Sacando los pagarés). Aquí están los justificantes. . . . (2)

CAR. (Arrebatándoselos). Traiga usted acá. Estos son papeles mojados. (Los rompe y los tira al balde).

HERM. Está perfectamente. Queden ustedes con Dios. (Vase corriendo por el foro derecha).

IND. ¡Vaya usted enhoramala! No lo ha oído. (Corriendo al foro, y muy fuerte). ¡Vaya usted enhoramala!

(1) Don Hermógenes, don Saturio, don Indalecio, Carlos, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pio y Gregoria, segundo término).

(2) Don Saturio, don Hermógenes, Carlos, don Indalecio, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pio y Gregoria, segundo término).

SAT. ¡Tres mil pesetas de honorarios! Así se enriquecen algunos médicos de Madrid [1]

CAR. ¡Ay tío; ay tía! Ya me encuentro bien. ¡Mi enfermedad era. . . . ese médico! (Abrazándose).

DOL. Sin embargo, te mandaremos á París.

CAR. No; ahora me quedo con ustedes. Ya iré allá cuando me manden á pasar la luna de miel con Maruja.

IND. }
DOL. } ¿Qué dices.)Con alegría).

CAR. Si ella quiere. . . .

MAR. Yo contestaré cuando me convenza de que estás completamente bueno. (Con intención).

IND. ¡Anda con ella! (A Carlos). (2)

PIO ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Le diré á mi madre que os casais, y ya estoy libre.

CAR. Tú nos echarás las bendiciones.

PIO Con mucho gusto.

DOL. No salgo de mi asombro. ¡Vaya un chasco que nos ha dado el doctor Zaragüeta! . . .

IND. ¡Y le convidábamos á comer! . . . En castigo, yo me comeré su ración. (Que pongan la mesa. (Al público).

Pero, antes, justo es que arrostre el riesgo siempre temido.

Público, solo te pido que no me des un mal postre.

FIN DE LA COMEDIA

(1) Saturio, Indalecio, Carlos, Dolores, Maruja y Pio. (Perico y Gregoria, segundo término).

(2) Saturio, Indalecio, Dolores, Carlos, Maruja y Pio. (Perico y Gregoria, segundo término).

NOTAS IMPORTANTISIMAS PARA LA DIRECCION DE LA ESCENA

Los muebles de la sola son: una mesa de roble colocada a la izquierda, delante de la alacena; un arcón debajo de la ventana del corral; un sillón de cuero antiguo en el centro de la escena y seis sillas de lo mismo repartidas convenientemente.

La entrada de la huerta debe ser todo lo ancha posible. Forillo de paisaje muy alegre.

La puerta de la leñera muy sólida, de una hoja y con cerradura y llave *de verdad*. Abre hacia el foro sobre la escena.

La bomba de riego de jardín que se utilice para la ducha no necesita funcionar sino en la apariencia y ha de tener bastante grueso el tubo para que se suponga que arroja de una vez gran cantidad de agua. La manga de goma debe tener bastante longitud, para que al aplicar la boca por el montante no resulte con demasiada tirantez.

La leche que bebe Carlos en las escenas XI y XIII del acto 2º debe ser verdadera; pero si el actor encargado del papel es bilioso y teme que le haga daño, los autores, que no son crueles, consentirán que apure cualquier otro líquido blanco, por ejemplo, horchata ó lo que sea de más su gusto.

Todas las actrices vestirán traje de charras, acomodado a sus condiciones, y de charros vestirán también don Indalecio, Perico y Ambrosio.

Para que se oiga el cacareo y revuelos de las gallinas, bastará tener algunas en una cesta entre bastidores y moverlas bruscamente cuando llegue el momento.

El ruido del agua al salir de la manga debe imitarse colocando tres ó cuatro personas dentro de la leñera y haciendo junto a la puerta el ruido que se produce soplando con toda fuerza después de apoyar los dientes sobre el labio inferior.

Para la disposición de los grupos en las escenas principales de la obra, pueden verse las reproducciones publicadas en *Madrid Cómico y Blanco y Negro*.

REALIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO" 1913
Apto. 1625 MONTEHELY, MEXICO

